

COMENTARIOS A LA PONENCIA DE MIGUEL KOTTOW

José María CANTÚ

Todas las formas son expresiones
del Juego de Maya, *i.e.*, el mundo
manifestado visto como una ilu-
sión por su naturaleza transitoria.

Budismo tibetano

Parecería sencillo trasladar los principios de la ética a la bioética. Sin embargo, como nos muestra Kottow, tanto la teoría del conocimiento moral como una epistemología del discurso ético, están lejos aún de ser sometibles a criterios de veracidad y falsedad. Su ensayo tiene dos vertientes: Una se ocupa de problemas éticos, exponiendo las dificultades con respecto a una epistemología en materia de ética; la otra, se aboca a problemas de bioética, especialmente en América Latina. La bioética se define muy bien como “disciplina sistemática, con clara orientación normativa y orientada hacia la aplicación en un ámbito social específico”. En cuanto a los postulados clásicos de Georgetown (justicia, autonomía, beneficencia y no maleficencia), por un lado se expone su insuficiencia como principios éticos en términos generales y, por otro, son criticados con respecto a América Latina, destacando su no viabilidad para estos países.

Antes de abordar el tema de la bioética —dentro y fuera de América Latina— Kottow revisa algunas teorías de

corrientes éticas: empieza por Kant (no sin mencionar a Aristóteles en determinado momento), y pasa, entre otros, por Hume, Moore, Hare (quien se puede considerar en buena medida como un kantiano). La exposición de las teorías de estos autores está hecha con conocimiento de causa.

En este contexto habría que agregar dos aspectos:

1. La referencia a la compasión, como fundamento de la moral y también de la bioética. La compasión se menciona sólo de paso y sin darle el debido peso; y
2. Las influencias religiosas e ideológicas que inconscientemente nos empujan para formular y creer determinado juicio moral. Éste es, por ejemplo, el caso de la Guerra Santa, no es que sea justa en un mundo sí y en otro no. Cada grupo social está condicionado y/o educado de un modo particular.

En cuanto al problema de los valores, descripciones y prescripciones, el ser y el deber ser, Kottow menciona a Platón afirmando que el filósofo de la Academia ha superado estos problemas de alguna manera. “La idea platónica de la realidad metafísica de las ideas” sería una prueba “de la posible validez epistémica de enunciados éticos...”. Esto no es exactamente así. Platón está convencido de que, dadas ciertas condiciones, es posible obtener un conocimiento —y por “conocimiento” se entiende “conocimiento verdadero”— acerca de todo cuanto existe. Ello implica el conocimiento de las ideas eternas y perfectas (que defiende al menos en algunas de sus obras) que no son creaciones humanas, sino que existen en sí y por sí. En otras palabras, lo que nosotros llamamos valores morales, son entidades de suyo existentes que simplemente reconocemos o no. Esto implica que los predicados morales son en Platón rigurosamente descriptivos en virtud de

una ontología específica, pero no significa que haya superado la falacia naturalista.

Ahora bien, Platón cree firmemente que hay un experto en materia de moral que conoce a ciencia cierta lo moralmente bueno, lo justo, templado etcétera; también conoce lo que se debe hacer. Este experto es el político (a modo de postulado en Gorgias, ya “realizado” en la *República*, quien posee el conocimiento del deber ser por haber visto la idea del bien. Este experto, si existiera y viviera hoy en día, sabría con certeza qué hacer en ética y también en bioética.

Hay que señalar que el propio Platón no estuvo consciente de estos problemas, y en la vida diaria nosotros hablamos como si todos fuéramos objetivistas en materia de moral: basta leer un periódico en donde no faltan los comentarios dados de modo tal, como si el editorialista supiera a ciencia cierta lo que se debe hacer. Y el mismo Kottow nos presenta una prescripción en el ropaje de una descripción: dice que “el discurso de la bioética se somete a criterios de racionalidad, razonabilidad...”, cuando en realidad esto significa que el discurso de la bioética *debe someterse* a criterios de racionalidad y razonabilidad.

El ser humano tal vez no sea por naturaleza un “animal moral”, sino que en el curso de la evolución se ha convertido en tal. La moral sirve para regular las relaciones entre los seres humanos. Sería, desde luego, excelente que para esta regulación tuviéramos conocimientos con el grado de certeza como el conocimiento matemático; sería deseable que tuviéramos una teoría ética que permitiera hacer aseveraciones morales verificables y falsificables y que supiéramos con certeza qué debemos hacer. Pero todo ello no es posible (“*nothing is good nor bad; we make it so*” dice Shakespeare). Pese a Putnam, la falacia naturalista es prácticamente inevitable. Lo que sí es posible es no desprender el deber ser del ser, y tener claridad de que

ello no es posible. Es importante estar conscientes de que no hay postulados éticos absolutos; lo que se puede hacer es no tener miedo a cometer la falacia naturalista (o metafísica) y a postular un deber ser moral, anunciando claramente en qué corriente nos encontramos.

¿En qué podría basarse una bioética que respondiera a las preguntas del aborto, de la eutanasia y problemas emparentados dentro y fuera de América Latina? En primer lugar, Kottow menciona un punto muy importante: existen “enunciados morales de tan general aceptación que pueden ser considerados verdaderamente morales”. Su generalidad no los convierte en rigurosamente verdaderos, pero podrían ser un hilo conductor. En segundo lugar, la coherencia y la universabilidad “a la Hare” son indispensables en el actuar bioético. En tercer lugar, el sentido común (a veces el menos común de los sentidos), que no debe faltar en las decisiones con respecto al problema de qué hacer en bioética. En este renglón entraría el factor de la *compasión*. Y en cuarto lugar, el mismo juramento de Hipócrates y la propia conciencia también podrían servir para algo.

A propósito de falacias, tanto las formales (afirmación de lo consecuente, *quaternio terminorum*, las falacias disectiva “del jugador”, expansiva y de enfoque), como las informales (*ignoratio elenchi*, *petitio principii* y los argumentos *ad baculum*, *hominem*, *misericordiam*, *populum*, *verecundiam*, etcétera), son de uso y abuso cotidiano. Si reflexionamos con rigor acerca del aforismo de Korzybski, “El mapa no es el territorio y el nombre no es la cosa nombrada”, tenemos que aceptar, como querría Campoaamor, que todo es según el color del cristal con que se mira y, por lo tanto, que sólo el silencio evita caer en la falacia. Por mi afición a la genética, me interesó particularmente la llamada falacia genética, en la que se cae a menudo en América Latina, que no es otra cosa que el descrédito de

una idea por su origen. Por ejemplo, atacar al igualitarismo, la solidaridad y el internacionalismo porque fueron propuestos por los antiguos cristianos y, mucho más tarde, por los socialistas, o bien, alabar el capitalismo porque nació junto con la racionalidad y la democracia.

Finalmente, Kottow da convincentes respuestas a las cuatro preguntas que emergen como colofón a su argumentación, que le permiten concluir sólidamente: Los principialismos (cuestionables como tales) que utiliza la bioética actual emergen de sociedades cuyo desarrollo es, de alguna manera, ajeno al de América Latina. Esto implica construir una bioética latinoamericana que combata la desigualdad mediante la justicia y el ejercicio de la protección.

Agradezco a la doctora Ute Schmidt Osmanczik del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, por su valiosa ayuda en la preparación de este manuscrito.